

cha y revestidos del ropaje nupcial, seamos admitidos á las bodas del paraíso: por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO IV.

JOSE, BENDITO ERES ENTRE TODOS LOS HOMBRES.

21. *José bendito entre todos los hombres por su vida interior.* Aunque todos los Santos, lector carísimo han recibido bendiciones de Dios, y aunque puede decirse que toda su santidad y todos sus actos heroicos son el feliz resultado de la divina bendición, con todo, hemos de afirmar, que el señor san José recibió especialísimas y muy singulares bendiciones, que nos lo determinan el más semejante á María, y el bendito entre todos los hombres, así como Ella lo es entre todas las mujeres.

José fué bendito entre todos los hombres por la excelencia de su vida interior; porque como ella consiste esencialmente en la mayor separacion posible de las cosas del mundo y en la más estreha unión

con Dios; y José tuvo ambas cosas de la manera más perfecta: por esto puede asegurarse que es entre todos los Santos el que vivió más unido con Dios, el que gozó en mayor escala todos los grados de la vida interior, y el verdaderamente bendito entre todos los hombres.

José estuvo absolutamente separado del mundo, como abolutamente encerrado en el cumplimiento más estricto de sus deberes; y en todo lo demás uníase con Dios mediante el retiro y el silencio. Jamás se encontró el señor san José en una sola reunión que no fuese justificada por el deber, por la necesidad ó por la caridad: y no podía ser de otro modo, porque él era el únicamente bendito entre todos los hombres. ¿Y cómo habia de entretenerse en las cosas del tiempo el que vivia en las más íntimas comunicaciones con el que forma la misma eternidad? San José, en medio del mundo, vivió siempre muy léjos del mundo; y vivió por consiguiente en la más íntima unión con Dios: y partiendo del soberano principio que, el hombre con todos sus sentidos y potencias ha de reconocer á Dios por punto de partida en todos sus actos, porque solo es criado para honrarlo y servirlo, por esto, amar á Dios formaba su

En la hora de nuestra muerte, asístenos'

102

única ocupación, y ocupación que desempeñaba admirablemente de cuerpo y de alma, con todos sus sentidos y potencias, y con todo su corazón y afecto.

La Santísima Virgen María durante su vida mortal, vivía tan unida con Dios, que según toda la extensión de la palabra, amaba á Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todo su espíritu y con todas sus fuerzas: y así era su vida interior la más perfecta que darse puede. José, predestinado desde toda la eternidad para serle su semejante, trabajaba con todas sus fuerzas para imitarla, y se ocupaba interiormente con Jesús cuanto le era dable. ¡Ojalá, lector carísimo que pudiésemos imitar á José! ¡oh cómo llegaríamos á ser fidelísimos hijos de María! ¡qué dicha ser fiel imitador de las virtudes de José! Si lo es, y lo es tanto más, cuanto que imitando á José, imitamos también á la Virgen María, porque aquel es la copia más perfecta y admirable de esta.

José no solo aprendía la vida interior de María, sino que la aprendía singularmente en la escuela de Jesús; y así como Jesús estaba constantemente procurando la gloria de su Eterno Padre, así José, que procuraba aprender tan divinas lecciones, se

comunía con Dios del modo más excelente; su corazón ardía con la divina llama de Jesús, jamás perdía de vista tan divina ocupación, su alma obraba hácia Dios con todo su poder, y vivía en los dulces ejercicios del amor más puro: no podía ser de otro modo, porque José era el discípulo fidelísimo que aprendía en la escuela de Jesús y María.

Nota bien, lector carísimo, que ninguna cosa es más útil para nuestra santificación, que los ejercicios de la vida interior; pero nota también que por desgracia es en gran manera desconocida, y que para muchos es del todo olvidada en la práctica. ¡Qué lástima observar cómo vive una gran parte de los cristianos! ¡qué lástima verlos pegados en la tierra sin conocer otra vida que la miserable según la carne, y la que lleva consigo afecciones no más que del tiempo!

Huyamos de semejante modo de vivir, y démonos, como José, á la vida interior, vida que es cien veces importante y suavísima. Separémonos, pues, de las cosas malas, de las cosas peligrosas, de las cosas inútiles, y aun de las buenas siempre y cuando no sean convenientes á nuestras obligaciones. Como José se estableció en continua soledad interior en Jesús y María; así hemos de hacer nosotros, de modo que

QUIEN ES JOSE?

no salgámos de tan divino centro sino movidos por lo útil y conveniente. *Imitemos á José que tan soberanos ejemplos nos ha dado en la vida interior, y como El, ya no escuchemos sino la voz dulcísima de Jesús y de María; ya no trabajemos, sino para ofrecer nuestros trabajos á Jesús y á María; y en la quietud y en el viaje, de día y de noche, en toda ocasión y en todo momento, obremos, habiémos, queramos, y discurremos como Jesús y María, por Jesús y María, de Jesús y María y para Jesús y María: tal fué la vida interior del señor san José [vida perpétua, perpétua vida, que por ella mereció ser apellidado el divino José] y vida que demuestra ser el bendito entre todos los hombres. Amemos, pues, honremos, glorifiquemos y adoremos al señor san José, con el culto que le es propio.*

22. *Por su purísimo corazón.*—Cuando Dios llama á una persona con una vocación sublime, entre las gracias que le comunica, le hace entrega de un corazón capaz de corresponderle con toda solícitud. Siendo esta verdad innegable ¿qué diremos del corazón de José? ¿hasta qué punto será bendito entre todos los hombres por medio de su purísimo corazón? ¡Oh glorioso señor

san José! os amo, os venero, os honro y os glorifico, adorando vuestro purísimo corazón; y os suplico que os compadezcáis de mi corazón tan lleno de miserias, lo limpiéis de la suciedad del pecado, y lo adornéis con la hermosura de la gloria.

Preciso es convenir, que así como el corazón de María es el más semejante al corazón de Jesús, así el corazón de José es el más semejante al corazón de María. Por consiguiente, desde el primer momento de su animación, fué dotado de todas aquellas cualidades que convenían á su vocación tan única como sublime; y con las saludables influencias de Jesús y de María, logró hacérseles tan parecido, que con razón se ha dicho que Jesús, María y José formaban la Trinidad de la tierra. Por esto hemos de afirmar, que *el corazón de José era tan semejante al de María, que participaba de todas sus influencias*, se revestía de sus más saludables impresiones, volaba hácia la misma tendencia del divino amor, é imitaba en un todo, á la que con razón se la apellida, la Divina Madre del amor hermoso.

El corazón de José, no solo era formado como el de María, sino que obraban también su perfección admirable las salu-

dables influencias del corazon de Jesus. ¡Ah! si los Apóstoles con solo una palabra de Jesus sintieron un completo cambio en su corazon; si Zaqueo, con una mirada de misericordia del mismo Señor quedó convertido de publicano en justo; si los discípulos, con solo hablarle experimentaban incendios en su corazon, ¿qué seria José que siempre lo veia y siempre era visto de El? ¿Qué seria de José que de continuo lo miraba y de El era mirado? ¿Qué seria de José que lo tomaba en sus brazos, que lo cargaba á largas distancias y lo servia con divino amor? ¿Cómo estaria su corazon? ¡Ah! solo podria decirlo el que comprendiese un poco las dulces consecuencias del corazon de José, cuando trabajaba con Jesus, viajaba en compañía de Jesus, y era tratado de Jesus con la reverencia toda, y con todo el amor y obediencia con que el mejor de los hijos puede amar, obedecer y reverenciar á su padre.

En suma, el corazon de José recibia las singulares bendiciones del corazon de Jesus, y en todos los momentos se hacia más santo y más perfecto; y como enseñado en la escuela de Jesus, y no perdiendo ninguna leccion, bien podemos afirmar que semejante á María amaba á Dios sobre todas

las cosas, y lo amaba con todas sus fuerzas, y lo amaba de un modo el más constante y estando siempre pronto para hacer los mayores sacrificios: y no es extraño, porque José amaba á Jesus como á Dios y como á su hijo adoptivo; amaba á María como á su esposa y como Madre de Dios; y su corazon era como un volcan inmenso que funcionaba sin cesar, para identificarse con Jesus y María. ¡Oh cien y cien veces feliz y afortunado el afortunado y feliz corazon de José! El amaba á Jesus con todo el amor de predileccion y de generosidad, así como nos amaba á nosotros con toda la compasion que le inspiraba la vida, pasion y muerte de un Dios hecho hombre: así es bendito el señor san José entre todos los hombres por su purísimo corazon.

¡Ah lector carísimo! ¡ah si pudieras ver el corazon de nuestro divino Patriarcal ¡oh si vieras cómo se compadece de nuestras almas! ¡cómo quiere consolarnos en nuestros dolores! ¡con qué solicitud nos defiende! ¡cómo nos fortifica para que no resistamos á la gracia! y ¡con qué bondad nos prodiga las riquezas de su amor! ¡Ah! veneremos, pues, su corazon tan perfecto; aprendamos, pues, como El en la escuela

de Jesus y de María; pidámosle que nos comunique un poco de su generosidad. ¡Oh José! vos que sois el más privilegiado, como el bendito entre todos los hombres, y que encerrásteis en vuestro corazon las virtudes de Jesus y de María, yo os pido humildemente que no os olvideis de mis miserias y que me concedais un corazon puro, constante y fidelísimo para que en cada momento de mi vida ame más y más á Jesus y á María, y á vos, mi amable protector.

23. *Por su fé vivísima.*—El apóstol san Pablo nos ha dicho que el justo vive de la fé; y san José la tuvo tan arraigada y universal, tan sencilla, humilde, y tan dócil, que despues de María es la criatura que cumplió mejor con los designios de la Providencia, porque cumplió bien con todos sus oficios, tuvo todo el amor y vigilancia paternal, fué el consuelo de María en sus aficciones, el salvador de Jesus, y el principal cooperador de la obra de la redencion, porque en todos sus actos obró siempre como el primer sacerdote de la Nueva Ley despues de su Santísima Esposa.

Su fé fué universal, porque creyó todo lo revelado por los Profetas acerca de la redencion del género humano; creyó su

el pacientísimo Job, no obstante unas perilló

época, el modo y sus circunstancias; creyó el establecimiento del Reino de Cristo y los medios de santificacion que serian dados á la Iglesia. Su fé fué tan sencilla y humilde, que no era necesario que el Señor le hablara de un modo excelso, como á Moisés, ni de una manera ruidosa y tronante como al pueblo judío, y ni siquiera como en estado de vigilia como á Abraham y Gedeon; sino que bastaba que el Angel le llamase en sueños, y así ya quedaba del todo instruido sobre la voluntad de Dios, sobre su elevada vocacion; de todos y cada uno de sus destinos; de que habia de habitar con su esposa, no obstante de ser la Madre de Dios, y que al Verbo Encarnado le habia de imponer el nombre de Jesus. José creia con tanta sencillez, que no tenia necesidad de explicaciones ni de milagros, porque su corazon, perfectamente dócil á las influencias de la gracia, creía perfectísimamente todo cuanto ella le inspiraba por medio del Angel. ¡Oh si reflexionáramos un poco sobre el señor san José! ¡qué grande, qué admirable, qué excelentísimo lo veríamos! ¡cómo procuraríamos extender su devocion! ¡cómo comenzáramos á amarle! ¡y cómo acabáramos amándolo con todo nuestro corazon y sus afec-

de Jesús y de María; pidámosle que nos

tos, con todo nuestro espíritu y con todas nuestras fuerzas!

Un insigne devoto del santísimo Patriarca nos afirma que José creyó contra todo lo que veía con sus sentidos; y por hacer resaltar en cada momento más y más su fé, hace las siguientes reflexiones, dignas á la verdad de toda nuestra meditación. ¿Cómo creer que Jesús era el Hijo del Eterno, si él mismo lo habia visto nacer en un establo, gimiendo y derramando lágrimas de debilidad? ¿Cómo habia de creer que era el Todopoderoso el que habia nacido débil como un niño miserable? ¿Cómo habia de creer que era el que dirigía las inteligencias y poseía los sentimientos del corazón, aquel que para salvarse de las impotentes iras de un miserable rey zuelo, necesitaba que lo tomaran en brazos y lo salvaran á Egipto? ¿Cómo habia de creer que era la salud de los santos, el que se presentaba con el carácter de pecador? ¿Cómo habia de creer que era el Mesías aquel pobre artesano que trabajaba con él y con el sudor de su rostro ganaba el diario sustento? Sí, José creyó, y creyó del modo más perfecto, más universal y más sencillo, porque era el justo que vivía de la fé: por esto siempre vió en el divino Ni-

el pacientísimo Job, no obstante unas peñi-

ño la soberana grandeza y Sabiduría Divina; y por esto siempre lo adoraba con el afecto y devoción que experimentara al sentir llamarse padre suyo.

José creyó con una fé la más costosa, porque conoció todo el grandor de su vocación: por esto compuso su vida de un acto continuado de los más costosos sacrificios: y vencía todas las repugnancias de la naturaleza, y abrazaba una vida pobre, penosa y trabajosa, practicando en el más alto grado posible todas las excelentes virtudes. Por la fé, adoraba á Dios en un infante, adoraba á la Madre de Dios en su Purísima Esposa, y cumplía sus obligaciones de Padre y Esposo con la mayor perfección. Por la fé ejecutó puntualmente todo lo que le prescribía su divina vocación, huyó solícito á Egipto, permaneció en todo el tiempo necesario sin pronunciar ni siquiera una queja, se volvió á su patria al mandato del Ángel, se dió á una vida trabajosa para ganar el sustento de la Sagrada Familia, y para obrar en todo lo más perfecto, de un modo semejante al perfectísimo modo con que siempre obraban Jesús y María. ¡Qué fé tan admirable! ¡qué meritoria y qué perfecta! ¡Ojalá, lector carísimo, que desde ahora comenzáramos á ser

de Jesus y de María; pidámosle que nos

como el Justo que vive de la fé! ¡Ojalá que toda la vida, todos los años, todos los meses, todas las semanas, todos los días, todas las horas y aun todos los momentos, obráramos siempre segun la fé! ¡Glorioso san José que tanto brillaste en la práctica de virtud tan peregrina, que viste perfectamente, no obstante lo que veían vuestros sentidos, y que creisteis en sueños con solo la indicacion del Angel, concededme por vuestros méritos ó intercesion, una fé viva y sencilla, una fé la más universal y ciega, y una fé tan firme y dócil, que crea como el Justo que vive de la fé, que crea como Vos habeis creído, para que como Vos comience á hacerme santo segun la santidad que me reclama mi estado: así fué el señor san José el bendito entre todos los hombres por medio de su fé.

24. *Por su esperanza firme.*—Nuestro santísimo patriarca el señor san José, no fué declarado bendito entre todos los hombres por la sola fé vivísima que formaba siempre su vida, sino que lo fué singularmente por su esperanza, y esperanza que lo distinguió de un modo muy especial. Esperó Abraham contra toda esperanza, que del Hijo que iba á sacrificar saldria una descendencia numerosísima; esperó

el pacientísimo Job, no obstante unas penas y dolores que no determinaron el varonard de los dolores, asegurándonos que aunque el Señor le quitara la vida, con todo, esperaria en él; y esperó Matatias que sus hijos reportarian la victoria de los enemigos de la Ley, humillándolos en los combates como él los habia humillado; pero la esperanza de José era en gran manera superior, porque él esperaba con más excelencia, más espiritualmente, y de una manera más conforme á su altísima vocacion.

El señor san José esperaba segun las riquezas de la Omnipotencia de Dios, y conforme los nuevos aumentos de gracia que recibia sin cesar: y esperó, pues, del modo más perfecto, la redencion del linaje humano prometida á nuestros primeros padres en el paraíso, con todos los misterios que de él provienen, y esperó que serian coronadas todas sus obras con el mayor grado de esperanza posible, de la esperanza única, de aquella que ha sido llamada *La gloriosa Madre de la Santísima Esperanza*. José esperó con tanta perfeccion, porque era el padre nutritivo de la verdadera esperanza, así como la verdadera esposa de su misma Madre, porque la inmensidad de la gracia recibida se lo fa-

cilitaba, porque sabia, conforme la palabra de Jesucristo, que *los cielos y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios no pasará*; porque algo entreveía de aquella extension infinita que determinaba la bondad de Dios, y porque tenia en sí mismo el mayor motivo de esperanza.

En efecto, José no es una criatura que se adocene, sino una criatura tan privilegiada, que es la primera despues de la Santísima Virgen María; porque él dependia de Jesus, que lo llamaba su Padre, de Jesus que se colocaba en su brazo para que lo portase de una parte ó otra, y de Jesus que era el Mediador Omnipotente ante su Eterno Padre: así en esta misma proporcion tenia la virtud de la esperanza y esperanza la más constante, la toda llena de firmeza, y la que obraba siempre y en toda ocasion con la mayor eficacia. José esperó con toda constancia, porque esperó desde su principio, en todos los momentos de su vida, en toda ocasion y circunstancia, y aun se durmió con la esperanza del Señor. En suma, José esperó con tanta firmeza en medio de las más horribles contradicciones, que debe afirmarse que José siempre fué José: que jamás abrigó la tristeza, que es la hija de la desconfianza; que

no admitió ni las aprehensiones, ni el desfallecimiento, y que esperó en todo con tanta sabiduría y prudencia, que todo, absolutamente todo lo esperaba de Dios. Glorioso señor san José, por la esperanza singularísima que tuviste en el Señor, alcanzadme la gracia que espere las cosas del cielo, y que todos los dias me haga más y más perfecto. ¡Oh señor san José! tú fuiste bendito entre todos los hombres mediante la santa esperanza; revestidme de ella, y que todos los dias espere mejor.

25. *Por su Caridad.*—San José tenia caridad, pero una caridad tan cumplida, que lo declaraba el bendito entre todos los hombres, ora la consideremos para con Dios, ora aplicada al amor del prójimo. Si á Pedro no le fué confiado el gobierno de toda la Iglesia sino despues de haber dada auténtico testimonio de que amaba á Jesus, claro está, que cuando á José le fué dado del modo más solemne el cuidado de María y de Jesus, fué porque poseia el mayor grado de caridad.

Sí, José amaba á Dios, y lo amaba segun la medida de los grandes deberes que debia cumplir, y lo amaba segun el número incontable de gracias que habia recibido, José en fuerza de su caridad para con

Dios, no solo fué siempre fiel, lleno de buena voluntad y perfectamente dócil á las inspiraciones divinas, sino que trabajaba con empeño para llevar á cabo su cumplimiento con toda perfeccion. José lo amaba con amor el más generoso, puesto que hacia por él los mayores sacrificios; los hacia en toda ocasion, y los hacia de la manera más adecuada y perfecta. José lo amaba con un amor tan noble y desinteresado, que solo amaba á Dios por ser El quien es, y sin mirar siquiera la propia utilidad. Lo amaba continuamente, y su espíritu estaba tan acorde con su corazón, que sus pensamientos, sus palabras y sus dones eran actos fervientísimos de purísimo amor; y con toda razon podemos afirmar, que oraba por amor, hablaba por amor, trabajaba por amor, y tanto lo que hacia como lo que dejaba de hacer, todo era suavísimo efecto de su purísimo amor. El amor de Dios formaba sus pensamientos, sus deseos, sus operaciones y su vida toda, cual si fuera de abrasado serafin; y este amor no disminuía, ni siquiera menguaba su fervor, sino que creciendo siempre y multiplicándose más y más, se hacia todos los dias más semejante al de Maria. ¡Quien sabe si alguna vez llegó, como ella,

todos los hombres es verlo honrado por la

¡Tan dichoso es el señor san José! ¡tan distinguido entre todas las criaturas! ¡con tanta razon puede ser llamado el bendito entre todos los hombres!

Y nosotros, lector carísimo, ¿amamos á Dios? ¿lo amamos como merece ser amado? ¿lo amamos segun la medida de los beneficios que nos ha hecho? ¿lo amamos segun la excelencia de nuestra vocacion? El mandamiento del amor de Dios es el primer mandamiento; pero lo hemos cumplido? ¿tal vez todo lo hemos amado, menos á Dios. Quizás la sed de oro, los honores, los placeres han arrastrado nuestro corazón. ¡Qué lástima, qué lástima, Dios mio, ser criado para amar á Dios, y amar todas las cosas menos á Dios!!! No, lector carísimo, no seas tan desgraciado, comienza al menos desde ahora á amar á Dios; ámalo como desea que lo ames, y ámalo con todas tus fuerzas. Sí, glorioso señor san José, que tanto os habeis distinguido en el cumpli-

Dios, no solo fué siempre fiel, lleno de bue-

miento del precepto del amor, limpiad mi corazon de la basura del pecado, introducid en él la belleza de la gracia, y haced que solo ame á Dios, que le manifieste mi amor con humildes y dolorosas confesiones, y con la santa y ferviente Comunión, para que desde ahora, al menos, comience á amar á Dios debidamente.

La caridad del señor san José hacia que amara al prójimo por amor de Dios: como si dijéramos, que amara al prójimo con aquella misma llama de amor conque amaba á Dios; y por tanto que lo amara, no por sus cualidades particulares, sino únicamente por Dios. El amor de Dios y el amor del prójimo formaban en san José el caudaloso rio de su inmensa caridad, y su vida solo se empleaba para ponerla en práctica en toda ocasion, en toda circunstancia, en todos los momentos. ¡Así practicaba la caridad nuestro glorioso Patriarca! ¡Así es nuestro modelo en toda época de nuestra vida! Y tú, lector carísimo, ¿amas al prójimo como José? ¿lo amas como á tí mismo? ¿lo amas con un amor efectivo? ¿lo amas con un amor puro, verdadero, eficaz y espiritual? ¡Ah! acordémonos que sin caridad somos nada, que no puede aprovecharnos ninguna especie de sacrifi-

todos los hombres es verlo honrado por la

cio si no se funda en la caridad; y que así como José por su caridad inmensa es el bendito entre todos los hombres, así son llenos de maldiciones los que están privados de la caridad.

26. *Por su pureza.*—Otra de las virtudes que nos lo declaran el bendito entre todos los hombres, fué sin duda alguna su admirable pureza; y pureza que la poseyó en el mayor grado posible á una criatura; pureza cual convenia al que habia de ser el purísimo Esposo de la Reina de las vírgenes y al Padre putativo de Jesus, y pureza que fué el más glorioso resultado de la plenitud de su gracia. De ahí es que, no solo fué casto, no solo fué virgen, sino que fué virgen castísimo, como convenia al representante del Eterno Padre, cuyo Eterno Hijo solo se apacienta entre los lirios blanquísimos de la santa virginidad. Así, así ciertamente, así habia de ser puro de corazon el que habia de ser el íntimo amigo del Rey de las vírgenes! José de su parte puso en práctica toda clase de medios para no empañar ni con un átomo virtud tan peregrina; y en consecuencia era mortificado, se daba á la continua oracion, trabajaba sin conceder á la ociosidad ni un instante, huía del mundo, vigilaba constan-

QUIEN ES JOSE? 9

Dios. no solo fué siempre fiel, lleno de bue-

temente sobre sus sentidos, y como modesto, modestísimo, llevó siempre una vida más pura que el arcángel más privilegiado. ¡Qué dicha para los puros de corazón! ¡Cuán amados son de Dios los que se conservan del todo castos! ¡Cuántas gracias las que obtienen los así limpios! ¡Qué consuelos y dulces comunicaciones las que disfrutan, y qué satisfacción la suya en la hora suprema! Ah! entonces entreven su doble dicha y su gloria privilegiada, y que si han combatido animosos por conservar un tesoro tan grande, reciben desde ahora los más dulces privilegios. ¡Qué mucho que todo el infierno se levante contra una virtud tan peregrina! Qué mucho que emplee todos los medios para desterrarla del mundo! ¡Ah! bien podríamos decir que años hace que no estaria la castidad en el mundo, si esta virtud de los privilegios no fuese la hija del cielo.

José se vió bendito entre todos los hombres, segun la práctica de tan divina virtud: por esto el Espíritu Santo le confió á la más pura de las Vírgenes, y el Eterno lo enriqueció, para que el que es esencialmente a misma pareza, fuese como su propio Hijo, lo tomase en sus propios brazos, lo reclinase sobre su pecho, y sintiera que lo

todos los hombres. es verlo honrado por la

llamaba Padre suyo. Quién podrá comprender la castidad del señor san José? Quién comprenderá hasta qué punto fué castísimo, mediante la inmensa gracia que recibió? Para esto basta recordar, que el Señor que encuentra manchas en la inocencia misma de los niños, y aun en los mismos ángeles y en los más encumbra- dos serafines, escogió á José como al purísimo, para que poseyera á la misma Pureza. ¡Qué pureza la de José! ¡Ah! fué castísimo, como compañero y amigo, sostenimiento y Esposo de la que es toda hermosa, y que no tiene en sí la menor mancha. José, en suma, que siempre trabajó con todo empeño para copiar las virtudes de María, copió con mayor solicitud su pureza virginal.

¡Qué pureza la del señor san José! Bien puede afirmarse que fué notablemente superior á la de los mismos ángeles, porque fué llamado para una mision más santa, como es la de ser llamado Padre de Aquel que es y se apellidaba la Sustancia de su Padre mismo y su Esplendor. José tuvo toda la pureza que era capaz de recibir, y toda la que exigia su vocacion altísima al lado de María y de Jesus; porque si de Dios recibió la divina vocacion y ser lleno